

## ENSAYOS

### EL PELIGRO INMINENTE DE LA DESTRUCCION DE LA HUMANIDAD

**Miguel S. Wionczek**

**I**ntentaré aquí presentar algunas ideas sobre los problemas de trascendencia vital no sólo para México sino para todo el planeta, ni tampoco únicamente para nuestra generación sino para el futuro de la humanidad: el peligro creciente de una guerra nuclear entre Estados Unidos y la Unión Soviética.

Antes de entrar a fondo en la problemática actual del "juego nuclear" entre los dos superpoderes, tal vez convenga presentar un breve panorama de la carrera armamentista global:

Primero. No es cierto que en los 40 años posteriores al fin de la Segunda Guerra Mundial el mundo vivió una época de paz. Si bien no se llegó a la confrontación militar entre Estados Unidos y la Unión Soviética, desde 1945 hasta la fecha, 20 millones de personas murieron en alrededor de 150 guerras, más que el total de los soldados periclitados en la Gran Guerra de 1939-1945. Todos estos conflictos bélicos tuvieron lugar en las llamadas periferias, es decir en el Tercer Mundo.

Segundo. Los gastos militares mundiales se acercaron en 1984 a 1 000 mil millones de dólares \*. De este total el 85% corresponde al mundo avanzado tanto capitalista como socialista y el restante 15% a los países del Tercer Mundo.

Tercero. Entre 1968 y 1983 el comercio y las transferencias de armamentos a precios constantes se han triplicado con creces llegando al total de cerca de 40 000 mil millones de dólares \*\* en 1984.

Cuarto. En los últimos 25 años los países desarrollados del Hemisferio Norte dedicaron a los gastos militares sumas veinte veces superiores a las que proporcionaron al Tercer Mundo en la llamada ayuda económica.

Quinto. Por cada soldado el promedio mundial de gastos militares es de 20 mil dólares, mientras el

promedio de gastos de educación pública para cada niño en edad escolar es de 380 dólares.

Sexto. Con su actual arsenal nuclear Estados Unidos puede destruir a la URSS algo como dieciséis veces y la URSS puede hacer lo mismo con EE.UU. tal vez diez veces.

Después de haber participado activamente en la Segunda Guerra Mundial como miembro de la resistencia polaca contra la Alemania nazi y de haber tenido la oportunidad de ser testigo de las tempranas negociaciones nucleares entre Estados Unidos y la URSS, desarrolladas dentro de las Naciones Unidas a finales de los cuarenta y los inicios de los cincuenta, he seguido los problemas del rearme y del desarme muy de cerca durante las tres décadas siguientes. En los últimos diez años me tocó ser testigo casi presencial de las negociaciones nucleares soviético-estadounidenses en Ginebra, negociaciones que hasta la fecha no han dado resultado alguno.

Esta oportunidad surgió de mi participación en Pugwash Conferences on Science and World Affairs, organización científica multidisciplinaria de alcance mundial establecida a fines de los cincuenta en respuesta al ya famoso manifiesto en pro de la paz firmado por Albert Einstein y Bertrand Russell en 1955. El texto del manifiesto que se anexa a estas notas no ha perdido su validez y urgencia.

En vista del creciente peligro de una guerra nuclear entre los dos superpoderes Pugwash decidió establecer a principios del año de 1980 un grupo de trabajo *ad-hoc* para que siguiera de cerca los logros o más bien los fracasos de las negociaciones sobre el desarme nuclear, iniciados por Estados Unidos y la Unión Soviética después de la firma del Tratado SALT II que nunca entró en vigor por no haber sido ratificado por el Senado estadounidense.

El grupo de trabajo de Pugwash comprende unos 35 miembros procedentes de Estados Unidos, la URSS, Europa Occidental y Europa Central (países miembros de la OTAN y del Pacto de Varsovia

\* Un billón de dólares.

\*\* 40 billones de dólares.

respectivamente) y de varios países neutrales o No-Alineados como India, Egipto, Finlandia, Suiza y México. Los participantes del Grupo se reúnen a título personal en Ginebra dos veces al año. Hay entre ellos científicos nucleares, expertos en problemas estratégicos, asesores o ex-asesores militares de distintos jefes de Estado y científicos sociales de renombre. Los negociadores estadounidenses del Gobierno de Reagan se han negado a incorporarse en el grupo de trabajo en cuestión, si bien en distintas ocasiones hubo encuentros informales de tipo social con algunos de ellos, incluyendo a Paul Nitze, el personaje clave en las negociaciones de Ginebra entre 1980 y 1983. En otras palabras, los estadounidenses que participan en las reuniones de Pugwash que se desarrollan a puerta cerrada representan las corrientes opositoras de la política militar y nuclear de Reagan, destacándose entre ellos Robert McNamara, ex-Secretario de Defensa durante la Guerra de Vietnam y posteriormente Presidente del Banco Mundial.

Sin que adopte uno la actitud ideológico-política a favor de una de las superpotencias, los observadores objetivos de la trayectoria de las negociaciones soviético-estadounidenses de 1980 a 1983 no tienen duda alguna de que el fracaso de aquella etapa fue resultado de la posición intransigente de Estados Unidos. Ese país no dio consideración seria en momento alguno a las propuestas soviéticas, rechazándolas inmediata y constantemente como una "guerra de propaganda". Además, ya en julio de 1983, los expertos nucleares de la URSS en Ginebra hicieron claro en varias ocasiones, tanto en las negociaciones oficiales como en distintos foros públicos, que su país iba a abandonar las pláticas con EE.UU. en el momento en que la OTAN colocara en Europa Occidental nuevas armas nucleares de origen estadounidense de alcance medio (los Pershing-2 y los misiles de crucero).

Los soviéticos usaron tres argumentos principales: primero, sin la militarización nuclear adicional de Europa occidental ya existía un "balance de terror" entre EE.UU. y la URSS; segundo, las negociaciones no tenían ningunas posibilidades de éxito mientras no se aceptara la presencia de un equilibrio nuclear entre ambas partes; y tercero, la colocación de las armas nucleares de alcance medio en Europa aumentaba la vulnerabilidad del territorio de la URSS a un posible ataque estadounidense. En el momento de tal ataque los centros de decisión en la URSS dispondrían apenas de unos 6 u 8 minutos para escoger entre distintas opciones una respuesta. En otras palabras, EE.UU. forzaba a la

URSS de manera inevitable a una respuesta nuclear que acabaría no tan sólo con ambos superpoderes sino también con la vida humana en el planeta. El que no se trataba aquí de otro giro "propagandístico" de la URSS recibió un fuerte apoyo de un grupo destacado de científicos estadounidenses — nada radicales políticamente por cierto — que publicó a mediados de 1983 bajo los auspicios de la prestigiosa Union of Concerned Scientists un estudio sobre el "invierno nuclear". La tesis del estudio en cuestión fue bastante sencilla pero convincente: para acabar con la vida en el planeta se necesitaba detonar apenas una fracción de las armas nucleares disponibles. Las perturbaciones atmosféricas, el cambio del clima y la radiación subsecuente se encargarían de acabar con la parte del globo no destruida directamente por las explosiones de los artefactos nucleares.

Como es de conocimiento general, las negociaciones nucleares bilaterales fueron reanudadas en Ginebra a principios del año en curso con un temario ampliado que por la insistencia soviética comprendía no solamente las armas nucleares intercontinentales y las de alcance mediano sino también la militarización del espacio. Este último punto adquirió la gran importancia después del anuncio de Reagan, hecho a fines de marzo de 1983, acerca del inicio de los preparativos estadounidenses en el campo de la oficialmente llamada Iniciativa de Defensa Estratégica (S.D.I.), mejor conocida bajo el nombre de Guerra de las Galaxias. Sin embargo, otra vez las negociaciones entre las dos potencias llegaron inmediatamente a un punto muerto. Mientras el renovado equipo negociador de EE.UU. sencillamente se niega a abordar en Ginebra este último punto del nuevo temario, la máquina industrial-militar de este país sigue a marcha forzada con los preparativos de la S.D.I., acompañados por una campaña dirigida a la sociedad estadounidense con el fin de convencerla de la factibilidad de las medidas propuestas por Reagan y de la postura pacifista del Gran Comunicador.

Para evitar las acusaciones de que detrás de este breve ensayo se esconde alguna deformación político-ideológica que favorece a la URSS, cabe presentar los seis puntos principales de la visión oficial estadounidense de la S.D.I.:

- 1) La S.D.I. proporcionará tecnologías defensivas que harán las armas nucleares impotentes y obsoletas'. Su objetivo es acabar con la doctrina de destrucción mutua y segura e iniciar una transición hacia el mundo libre del peligro nuclear;

- 2) La iniciativa se limita solamente a un programa de investigación;
- 3) El programa tiene amplio apoyo entre los aliados de Estados Unidos;
- 4) Habrá un período de transición que permitirá a los superpoderes negociar las reducciones de las armas nucleares ofensivas, mientras ambas partes empiezan a construir sus sistemas defensivos;
- 5) La tecnología de la Guerra de las Galaxias será compartida con la URSS; y
- 6) La Guerra de las Galaxias no violaría el Tratado sobre los Misiles Antibalísticos (el Tratado ABM), firmado y ratificado por EE.UU. y la URSS en 1973, el más importante instrumento legal internacional en el campo de control de armamentos.

Según el artículo publicado a fines de julio en *The New York Times* por la Subsecretaria de la Fuerza Aérea de EE.UU. durante la Administración de Carter, Antonia Handler Chayes, todos y cada uno de los seis puntos mencionados son "mitos", expresión que traducida a un lenguaje menos elegante quiere decir "mentiras". En su breve ensayo la Doctora Chayes destruye de manera convincente cada uno de los seis mitos-mentiras y termina su severa crítica de la Guerra de las Galaxias con las siguientes palabras: "si esta nueva aventura armamentista merece el apoyo del Pueblo estadounidense y del Congreso, tal apoyo debería basarse en las realidades y no en la mitología elaborada por el Gobierno".

Obviamente, podría rechazarse la posición de la Doctora Chayes con el argumento de que en una sociedad tan abierta como la estadounidense no debe excluirse la situación en que aún el ex-muy

alto funcionario del Pentágono se convierta por razones que sean en un "radical". Empero, no es así.

Acaban de llegarme dos números correspondientes a la primavera y el verano de 1985 respectivamente, de la más prestigiosa revista científico-intelectual, *Daedalus* publicada en Estados Unidos bajo los auspicios de la American Academy of Arts and Sciences. Ambos dedican casi 400 páginas al tema de las armas espaciales, es decir a la Guerra de las Galaxias del Señor Reagan. Contienen contribuciones de los veinticinco mejores expertos en la materia tanto de Estados Unidos como de Europa Occidental, incluyendo varios premios Nóbel en ciencias exactas. El ensayo final, firmado por Hans A. Bethe, Premio Nóbel en Física y Director de Física Teórica en el Proyecto Manhattan durante la Segunda Guerra Mundial; y Richard Garwin, Profesor a la vez de tres universidades, Columbia, Cornell y Harvard, termina de la siguiente manera: "...la reacción natural de la Unión Soviética al desarrollo del sistema S.D.I. consistiría en el aumento adicional de su capacidad ofensiva, la manera fácil de superar cualquier defensa en el campo de misiles balísticos que nosotros estaríamos en condiciones de construir. Consecuentemente, estamos convencidos que la S.D.I. intensificaría en vez de reducir la carrera armamentista, y afectaría negativamente la seguridad de Estados Unidos".

En vista de que la Administración de Reagan no muestra las menores señales de negociar con la URSS en Ginebra o en alguna otra parte el asunto de la Guerra de las Galaxias, el futuro de la humanidad es más incierto que nunca antes a lo largo de la carrera armamentista de 40 años entre las dos superpotencias.

## ANEXO

**Manifiesto de Russell y Einstein**

**A**nte la trágica situación a que se enfrenta la humanidad, creemos que los científicos deberían reunirse en una conferencia para evaluar los peligros que han surgido como consecuencia del desarrollo de armamentos de destrucción masiva, y para debatir una resolución con el espíritu del proyecto que adjuntamos.

**E**n esta ocasión no hablamos como miembros de este o aquel país, continente o credo, sino como seres humanos, como miembros de la especie humana, cuya supervivencia está en duda. El mundo está pleno de conflictos: y sobrepasando a los conflictos menores, presenciamos la lucha titánica entre comunismo y anticomunismo.

La mayoría de cuantos poseen conciencia política tienen convicciones muy firmes acerca de una o más de estas cuestiones. Empero, queremos que ustedes pongan de lado, si es posible, esos sentimientos, y que tan sólo se consideren miembros de una especie biológica que ha tenido una historia notable, y cuya desaparición seguramente no es deseada por ninguno de nosotros.

Trataremos de no pronunciar una sola palabra que apele a un grupo más que a otro. Todos corremos el mismo peligro y, si ese peligro es comprendido, habrá esperanzas de que colectivamente podamos evitarlo.

Debemos comenzar a pensar de un modo nuevo. Ya no podemos preguntarnos más qué es lo que se podría hacer para que el grupo de nuestra preferencia consiga la victoria militar, porque eso ya no es posible. Lo que debemos preguntarnos es: ¿qué se puede hacer para impedir un enfrentamiento militar, cuyo resultado sería desastroso para todos los contendientes?

El público en general, e incluso muchos hombres que ocupan puestos de autoridad, no se han percatado aún de lo que supondría una guerra con bombas nucleares. La opinión pública piensa todavía en términos de la aniquilación de ciudades. Comprende que las nuevas bombas son más poderosas que las anteriores y que, si una bomba atómica pudo aniquilar a Hiroshima, una de hidrógeno

podría destruir a las ciudades más grandes, como Londres, Nueva York o Moscú.

Es indudable que en una guerra con bombas de hidrógeno grandes ciudades serían arrasadas. Pero éste es uno de los menores desastres que habríamos de afrontar. Si se exterminase a toda la población de Londres, Nueva York y Moscú el mundo podría recuperarse del desastre, al cabo de algunos siglos. Sin embargo, hoy en día sabemos, sobre todo después de las pruebas de Bikini, que las bombas nucleares pueden extender su acción destructiva en forma gradual sobre una superficie mucho mayor de lo que se suponía.

Se sabe de buena fuente que actualmente es posible fabricar una bomba 2 500 veces más potente que la que destruyó Hiroshima. Cuando una de estas bombas explota cerca de la superficie del suelo o bajo el agua, envía partículas radiactivas a la alta atmósfera. Estas partículas se van cayendo paulatinamente y llegan a la superficie terrestre en forma de polvo o lluvia mortíferos. Este polvo fue el que afectó a los pescadores japoneses y a su cargamento de pescado.

Nadie conoce con cuanta amplitud podrían difundirse esas partículas radiactivas letales, pero las autoridades científicas afirman unánimemente que una guerra con bombas de hidrógeno podría acabar con la raza humana. Se teme que el empleo de varias bombas de hidrógeno provocaría la muerte universal, la que sería instantánea sólo para una minoría pero, para los más, constituiría una lenta tortura de padecimiento y desintegración.

Muchos eminentes hombres de ciencia y estrategas militares han manifestado su preocupación. Ninguno de ellos sostiene la certidumbre de que nos aguarda lo peor. Lo que dicen sí, es que esas consecuencias son posibles, y que nadie puede asegurar que no llegarán a producirse. Hasta ahora no se ha podido comprobar que las opiniones de los expertos sobre estos asuntos dependan, en alguna medida, de sus posiciones políticas o de sus prejuicios. De todo cuanto hemos investigado, sus puntos de vista dependen del grado de conocimientos de cada técnico. Hemos encontrado que

los más pesimistas son los que más saben.

He aquí, pues, el problema desnudo, horroroso e inescapable que les presentamos: ¿Habremos de poner fin a la humanidad, o ésta renunciará a la guerra? El público no considera esta opción porque es muy difícil abolir la guerra.

La abolición de la guerra demandaría inaceptables limitaciones de la soberanía nacional. Empero, acaso el mayor obstáculo para comprender la situación radique en que el término "humanidad" resulta vago y abstracto. Las gentes no se dan cuenta de que el peligro amenaza a todos, a sus hijos y a sus nietos, y no sólo a una humanidad cuyo concepto perciben vagamente. Les cuesta aceptar que cada uno de ellos y de sus seres queridos están expuestos al peligro inminente de una agonía y una muerte horribles. Por ello, abrigan la esperanza de que quizá pueda tolerarse que continúen las guerras siempre y cuando se prohíba el uso de las armas modernas.

Esa esperanza es ilusoria. Sean cuales fueren los acuerdos a que se hubiera llegado en periodos de paz para no utilizar las bombas de hidrógeno, no serían cumplidos en tiempo de guerra. Ambas partes contendientes se dedicarían a fabricar bombas de hidrógeno tan pronto como la guerra estallase, puesto que, si un lado dispusiera de esas bombas y el otro no, el bando que las poseyera resultaría inevitablemente victorioso.

Un acuerdo de renuncia a las armas nucleares, como parte de una reducción general de armamentos, no constituye la solución definitiva. De todos modos tendría ciertas consecuencias importantes. Primero: cualquier acuerdo entre el Este y el Oeste resultaría beneficioso en la medida en que tendiera a reducir la tensión. Segundo: la abolición de las armas termonucleares, si cada una de las partes estuviese convencida de que el contrario cumple el acuerdo con sinceridad, atenuaría el temor a un ataque repentino como el de Pearl Harbor. Esta desconfianza mantiene hoy en día a ambos contendientes en un estado de recelosa preocupación. Por consiguiente, veríamos con agrado la firma de ese acuerdo, aunque sólo como un primer paso.

La mayoría de nosotros no es neutral en su fuero interno. Sin embargo, como seres humanos, debe-

mos recordar que la solución de los problemas planteados entre Oriente y Occidente, aunque resultara poco satisfactoria para algunos, sea comunista o anticomunista; sea asiático, europeo o americano; sea blanco o negro, no puede decidirse mediante la guerra. Quisiéramos que esto se comprendiera tanto en Oriente como en Occidente.

Tenemos frente a nosotros — si así lo elegimos — el progreso continuando la felicidad, el conocimiento, la sabiduría. ¿Escogeremos, en cambio, la muerte, por no ser capaces de olvidar nuestros rencores?. Como seres humanos, apelamos a los seres humanos: recuerden su condición de hombres y olviden lo demás. Si pueden hacerlo, se abre ante ustedes el camino hacia un nuevo Paraíso; si no, los amenaza el riesgo de la muerte universal.

#### Resolución

**I**nvitamos a este Congreso, y por su intermedio, a los científicos del mundo y al público en general, a suscribir la siguiente resolución:

"Considerando que en cualquiera futura guerra mundial se emplearían con toda seguridad armas nucleares, y que éstas amenazan la subsistencia de la vida humana, exhortamos a todos los gobiernos del mundo a que se convenzan, y así lo reconozcan públicamente de que una guerra mundial no puede ayudar a su propósito. En consecuencia, los exhortamos a que busquen medios pacíficos para resolver todas las cuestiones conflictivas que los separan".

MAX BORN  
PEREY W. BRIDGMAN

LINUS PAULING  
CECIL F. POWELL

ALBERT EINSTEIN  
LEOPOLD INFELD  
FREDERIC JOLIOT-CURIE  
HERMAN J. MÜLLER  
JOSEPH ROTBLAT  
BERTRAND RUSSELL  
HIDEKI YUKAWA

Londres, Inglaterra, 9 de julio de 1955.